

«SALI NITRI» DE VICO Y LOS ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN PAGANA: LA DIMENSIÓN ALQUÍMICA DE LA «CIENCIA NUEVA»*

Gustavo Costa

Vico adopta una base científica en su teoría antropológica sobre el paso primigenio de los hombres a bestias y de bestias a hombres, conformando a su explicación sobre los «sali nitri» y la formación de los gigantes ciertos conocimientos científicos de su época, pertenecientes tanto a la medicina como a la alquimia, y asumiendo diversas tesis coprológicas típicas de la farmacología tradicional. En esta explicación evolucionista viquiana se aprecia en parte vestigios de la tradición alquimista.

Vico adopts a scientific basis in his anthropological theory regarding the primeval step from men to beasts and from beasts to men, shaping to his own theory of the 'sali nitri' and the origin of giants certain aspects of scientific knowledge of his age, which pertain as much to medicine as to alchemy, and assuming various coprological theses typical of traditional pharmacology. In this Vichian evolutionist explanation certain vestiges of the alchemist tradition can be recognised.

Vico hace repetidas alusiones a las sales nítricas en las obras donde desarrolla su idea sobre los orígenes de la civilización pagana: en *De Constantia Iurisprudentis* (1721) así como en las tres ediciones de la *Scienza Nuova* (1725, 1730, y 1744). Lo que llama la atención al lector de

*Este artículo se leyó en la reunión anual de la Midwestern Society for Eighteenth-Century Studies, celebrada en la Universidad de Notre Dame durante el 7 al 9 de Octubre de 1988. No fue publicada porque decidí reelaborarlo como ensayo sobre «Vico el' alchimia» (de próxima aparición en un *Festschrift* en honor de Paolo Alatri). Pero después de la publicación de «Uomini di sterco e di nitro» de Mario Papini (*Bollettino del Centro di Studi Vichiani*, XX, 1990, pp. 9-76) llegué a la conclusión de que podría ser de utilidad publicar mi artículo para que los estudiosos de Vico puedan comparar mis conclusiones con las de Papini.

estos libros es el uso constante que Vico hace de términos italianos y latinos cuando se refiere a las sales nítricas («nitros sales» o «sali nitri») en pasajes relacionados con la formación de los gigantes. Estos eran descendientes de los judíos que habían olvidado por completo la religión de sus antepasados y, por lo tanto, sufrieron una metamorfosis animal, como consecuencia de un ambiente salvaje, donde toda huella de civilización, incluyendo el habla humana, había desaparecido totalmente. En *De Constantia*, la transformación de los hombres en gigantes se explica en base a dos causas naturales, derivadas de la observación («Historia sive observatio physica»): 1) el temor a los maestros mortifica la vitalidad de los niños, reprimiéndoles su capacidad de crecimiento («quicquid in iis est ad adolescendum generosius»); 2) las sales nítricas, que son muy abundantes en la orina, están dotadas de una vivacidad excepcional, como surge de la sal de amoníaco («nitros sales, quibus urinae plurimum abundant, plurimum vivacitatis habere, ut in spiritu salis ammoniaci spectare est»)¹.

Es evidente que estas dos causas naturales están interrelacionadas: los niños, abandonados a su suerte, no fueron educados para aliviar sus intestinos de una forma civilizada, por lo que estaban constantemente sucios. Esta circunstancia favoreció su crecimiento, ya que sus cuerpos absorbían las sales nítricas que sus propios excrementos contenían. Es notorio que los desechos del cuerpo son un fertilizador excelente, hecho confirmado por las riquísimas cosechas que producían las tierras donde los ejércitos acampaban («Campos autem stercoratos feliciter frugescere rustici norunt, et tamen parum prae iis quos exercitus armati insedere, qui per plures annos reddunt laetissimas segetes»)². Aquí Vico, creyendo que aquel modo de vida podría explicar también la estatura gigantesca atribuida a los habitantes del extremo sur del continente americano, conjetura que los gigantes siguen existiendo en esa parte del Nuevo Mundo debido a su suciedad («ut coniectem eodem cultu in ultima ad meridiem America gigantes etiamnum gigni») y deja a los viajeros la tarea de verificar sus suposiciones («Qui terrarum orbem itineribus lustrant, quaeso explorent an haec nostra vera sit coniectura»)³.

En la primera edición de la *Scienza Nuova*, Vico confirma que la existencia de los gigantes en el fondo está fundamentada en pruebas científicas («pruove con *fisiche Dimostrazioni*»): es perfectamente natural suponer que personas de estatura gigantesca vagaron por la tierra después del Diluvio, ya que sabemos que los antiguos germanos, de acuerdo con las descripciones de César y Tácito, eran sumamente altos, y que los gigantes seguían generándose en la parte austral de las Américas («oggi i *Giganti* pur tuttavia nascono nel *piè dell' America*»)⁴. En todos estos casos, el crecimiento anormal puede explicarse en base a la educación salvaje de los niños primitivos («*ferina educazione de' Fanciulli*»), que consistía en dejar que sus cuerpos desnudos se retorciera en sus propios excrementos («lasciargli rotolar nudi nelle loro proprie lordure»), sin interferir en sus esfuerzos físicos («lasciargli in lor balia ad esercitarsi nelle forze del corpo»)⁵. Vico no menciona las sales nítricas en este contexto, pero continúa teniéndolas en mente, ya que en otra sección de su libro atribuye el tamaño gigante de los niños primitivos a las sales nítricas contenidas en sus desechos corporales: «con dilatare i diametri de' muscoli in altre parti, per restrignerli in altre, tra essi sforzi prendevano più alimenti le carni da' *nitri delle fecce*, tra le quali si rotolavano, onde provinevano *giganti*»⁶.

Este cuadro primitivesco es mantenido sustancialmente en la segunda y tercera ediciones de la *Scienza Nuova* (parágrafo 369), donde la explicación científica está más desarrollada. Las

madres amamantaban a sus bebés, sin limpiarlos («le madri, come bestie, dovettero lattare solamente i bambini e lasciargli nudi rotolar dentro le fecce lor proprie») y, tan pronto como destetaban a sus vastagos, los abandonaban a su suerte, de tal forma que los niños primitivos, totalmente embarrados en los desechos corporales, tenían que flexibilizar sus músculos para sobrevivir, absorbiendo por tanto la gran cantidad de nitrógeno contenida en sus excrementos («onde i sali nitri in maggior copia s'insinuavano ne' loro corpi»).⁷ Ya que el temor a los dioses, a los padres o a los educadores no frustraba su libertad salvaje, sus cuerpos, al tomar grandes dosis de sales nítricas a través de sus poros, alcanzaron proporciones gigantescas («dovettero a dismisura ingrandire le carni e l'ossa, e crescere vigorosamente robusti, e si provenire giganti»).⁸ Fausto Nicolini, al comentar este pasaje, sugiere que Vico se encontraba bajo la influencia de una creencia popular, difundida en Nápoles, según la cual los niños sucios son más sanos que los limpios.⁹ El intento de Nicolini de explicar el encaprichamiento de Vico con las sales de nitrógeno en base al folklore napolitano no hace justicia a la preparación científica del autor de la *Scienza Nuova*. En vez de aceptar ciegamente una leyenda supersticiosa, Vico seguía las enseñanzas de los físicos más cualificados del siglo XVII y principios del XVIII. Es más, toda la dinámica de la transformación primera de los hombres en gigantes y de los gigantes en teólogos no puede entenderse a menos que se relacione con la teoría de las sales en general y el salitre en particular, lo cual constituyó un factor esencial de la medicina en la época de Vico. Estas teorías pertenecen también a la alquimia, a la que Vico alabó implícitamente en su *De Mente Heroica* (1732), donde mencionaba el alambique («tubus Arabum stillatorius») entre aquellos instrumentos que favorecían el advenimiento de una nueva medicina («nova medicinae systemata») y una nueva farmacología («nova spargirica»).¹⁰

Una buena descripción del nitrógeno o salitre viene dada por Daniel Sennert (1572-1637), un profesor de Medicina en la Universidad de Wittemberg, en su *Epitome Naturalis Scientiae* (1618; reeditado en 1624, 1633, 1650 y 1651).¹¹ En este trabajo, Sennert, que fue el primero en introducir la química como materia del currículum médico y hace un gran esfuerzo por armonizar las doctrinas de la medicina galénica con lo que él consideraba válido en las doctrinas de Paracelso, admite que el nitrógeno, una sal que también se llama salitre, es de una maravillosa naturaleza («Sal autem hic admirandae naturae est»).¹² Es blanca y fría, pero también contiene un alcohol que es rojo, caliente y altamente inflamable («in se tamen continet spiritum rubicundissimum, calidissimum et maximae inflammabilem»).¹³ El nitrógeno es el componente básico de la pólvora, pero también se puede utilizar, adecuadamente refinado, como remedio para la cura de las fiebres altas e inflamaciones de garganta y lengua: «Chymici nitrum antea bene purgatum amplius purificant ac praeparant... nitrumque praeparatum et sal prunellae appellant, quod eius insignis usus sit in ardentibus febribus, iis praecipue, quibus inflammatio faucium adiungitur». ¹⁴

Se puede encontrar un informe sistemático sobre las sales en los trabajos de medicina de Michael Etmüller (1644-1683), de una considerable reputación en Europa y principalmente en Italia: fueron reimprimados en Nápoles (1728) con un aparato crítico de Nicola Cirillo, un científico cercano a Vico, y, seis años más tarde, en Venecia (1734).¹⁵ En su *Collegium Chymicum, seu Pyrotechnia Rationalis*, Etmüller traza la historia de las ideas sobre las sales, las cuales consideraba merecedoras del primer puesto entre los principios alquímicos. Al desarrollar las

antiguas opiniones sobre el asunto, Etmüller realiza un homenaje a Paracelso, que postulaba la existencia de cinco principios de cuerpos naturales, entre los cuales tres eran activos (sal, sulfuro, y mercurio) mientras que dos eran pasivos (flema y *caput mortuum*). Etmüller cree que Paracelso tomó prestada la idea de los tres principios activos de Basilius Valentinus, el cual mantenía que todos los metales consisten en espíritu, alma y cuerpo, correspondiendo respectivamente al mercurio, sulfuro y sal («per Spiritum Mercurium, per Animam Sulphur, per Corpus Sal est intelligendum»).¹⁶ La propuesta «científica» de Etmüller prueba la gran popularidad que Paracelso gozaba en el siglo XVII.¹⁷

Etmüller por lo tanto, viene a exponer la teoría contemporánea de las sales, manifestando que hay dos clases: la sal universal, también llamada Espíritu del Mundo, la cual se extiende por todo el mundo desde la primera formación de las criaturas, y las sales particulares, que se generan de la anterior. Las sales particulares pueden ser ácidas o alcalinas. Estas se pueden combinar para formar la sal salada, que comparte las características de sus dos componentes. Las sales alcalinas también se llaman úricas, porque saben como la orina («Ita appellatur, quod reserant Urinae saporem degustanti»).¹⁸ Pueden ser volátiles o sólidas. Las primeras son muy comunes en el reino animal y vegetal y muy raras en el reino mineral. Todas las partes del reino animal, incluyendo aquellas más abyectas, tales como excrementos, orina, pelo, sudor y cornamenta, producen una gran cantidad de sal volátil mediante el proceso de destilación («Salia volatilia omnium frequentissima sunt in regno Animalium; quaelibet enim pars, etiam abjectissima, ver[bi] gr[at]ia Stercus, Urina, Pili, Sudor, Cornua... per distillationem copiosum reddunt Sal Volatile»).¹⁹ En los animales las sales se volatilizan incluso a través de la digestión y respiración. En su obra *Institutiones Medicae*, Etmüller mantiene que la respiración proporciona el aire indispensable para la volatilización de la sangre en los pulmones. Este proceso garantiza la producción constante de vitalidad y la evacuación de excrementos. Esto se debe al hecho de que el aire contiene una especie de nitro, sal volátil, que es el alimento oculto de la vida, o bien el único donante de fertilidad de semillas y plantas, y se llama el Espíritu del Mundo, Sal Hermética, el Avello de Hermes, la Sal de los Filósofos, y el Mercurio de los Filósofos («Sal enim occultus vitae cibus est, imo unicus foecundator seminum et plantarum, vocaturque Spiritus Mundi, Sal Hermeticum, Avicula Hermetis, Sal Philosophorum, Mercurius Philosophorum»).²⁰

Si la sal es el dispensador universal de la vida, cualquier cosa rica en sales debe tener un poder terapéutico. Esta es la razón por la que una gran cantidad de farmacólogos no dudan en recomendar el uso de excrementos o medicinas basadas en los excrementos para combatir cierto tipo de enfermedades. Abraham Zacutus (1576-1642), autor de *De Medicorum Principum Historia*, proclamó que los excrementos humanos eran un antídoto excelente contra los venenos («Stercus humanum celebre adversus venena alexipharmacum»).²¹ Por ejemplo, en la Vieja Castilla el campo cercano a Burgos está infestado de un reptil llamado *guarit*, tan venenoso que su mordedura es mortal, puesto que no se puede curar ni por medio de las medicinas normales ni por la cauterización o amputación del miembro afectado. Pero Zacutus se satisface al informar a sus lectores que el Omnipotente ha proporcionado un remedio a mano para esta plaga: las personas mordidas por el *guarit* se restablecen si ingieren excrementos humanos recientes, bien suyos propios o bien de otra persona. Se aconsejaba tomar este remedio

milagroso en forma diluida, aunque Zacutus nos asegura que la sustancia fecal no diluida es igual de efectiva y los trabajadores de las granjas no dudaban en tomar los desechos corporales sin diluir, cuando eran mordidos por el reptil venenoso, para escapar así de una muerte segura («et iam inventi sunt laboratores multi qui ardente Sirio, cum aqua non esset inventa, stercus, mortis certae metu percussi, avidissime comederunt»²²).

Este no era el único ejemplo del poder terapéutico atribuido a los excrementos. Zacutus había leído en Galenus que las heces humanas y caninas curan las inflamaciones de garganta. Zacutus también sabía que el propio Galenus, Dioscorides, y Aetius sostenían que la sustancia fecal es una medicina efectiva para la angina y para la inflamación de amígdalas, y que Avicena aconsejaba a las personas que sufrían problemas de bazo que bebieran su propia orina.²³ Otro físico, Lázaro Rivière (1589-1655), fue informado por otro colega que, durante la plaga de 1630, tres personas adultas (el marido, la esposa, y la hermana de éste) enfermaron, pero sobrevivieron bebiendo un emético hecho de sus propias heces diluidas con su propia orina («tres eiusdem familiae, maritus nempe, uxor et soror illius, peste correpti sunt, stercus proprium, cum propria urina dissolutum et linteo colatum hauserunt, unde gravissimus vomitus, et alvi fluxus abortus est, et omnes a peste immunes evaserunt»²⁴). En verdad, este hallazgo médico se puede comparar con el remedio para las personas mordidas por el *guarít*, como contaba Zacutus («similes quodammodo historia habetur apud Zacutum... ubi narrat in provincia Occidentali animal quoddam esse parvum, instar lacertae, in agris frequentissimum, Garit nominatum, cuius morsus omnino lethalis est, nisi aegri stercus humanum assumant, quod unicum est illius alexipharmacum»²⁵). Zacutus y Rivière son citados por Ettmüller para consolidar su idea de que los excrementos humanos constituyen un excelente remedio contra los abscesos y bubas («Imprimis *recrementa humana quibuscumque inflammationibus applicata* prosunt, vim anodynam et maturativam ad apostemata, abscessus, bubones pestilenciales, carbunculos, etc. obtinent»²⁶).

La experiencia fue el argumento principal en el que se apoyó la difundida creencia en la eficacia de los remedios coprológicos. Con todo, la aparente paradoja de los beneficios obtenidos con las sustancias fecales, uno de los muchos misteriosos caminos por los que Dios rige las cosas humanas de acuerdo a un plan providencial, cautivó la imaginación barroca, muy receptiva ante la antítesis y el oxímoron no sólo en el estilo literario sino también en la naturaleza, tal como aparece en las consideraciones de Emanuele Tesauro sobre la «simboliche arguzie della Natura»²⁷. Así mismo, es evidente en el *Lexicon Universale* (1698) de Johann Jacob Hoffmann, obra básica de consulta, que sancionaba la utilidad de los excrementos para la humanidad, relacionándolo a la divina Providencia («Excrementa... divina benignitate, non nihil utilitatis praebent»²⁸). Hoffmann insiste en los desechos olorosos de la marta y otros animales, pero no aprueba la costumbre tibetana de pulverizar los desechos corporales del Gran Lama e inhalarlos como tabaco o untarlos sobre la comida, como narra Jean-Baptiste Tavernier («lorsque Le Roy a satisfait aux necessitez de la nature, ils ramassent soigneusement son ordure pour la faire secher et la mettre en poudre comme le tabac qu'on prend par le nez... ces pauvres gens emportent cette poudre chez eux comme quelque chose de fort precieux... lorsqu'ils traittent leurs amis ils en saupoudrent leurs viandes»²⁹). Hoffmann no deja de señalar el uso beneficioso de los excrementos en la agricultura («licet ipsa ciborum sint recrementa, agriculturac

tamen beneficio, prosunt nobis ad novum alimentum, sine quo durare vitam nequit».³⁰ En su *Aurea Catena Homeri* (1723), Anton Joseph Kirchweger postulaba un eterno retorno de los desechos humanos, puesto que la comida se transforma en heces, las cuales, usadas para fertilizar, producen nuevo alimento, y así sucesivamente. Basándose en ello, Kirchweger no duda en afirmar que los hombres se alimentan de sus sustancias fecales («Als der Mensch isset Brod, Wein, Bier, Frucht, davon macht er *excrementa*, solche werden wieder aufs Feld geführt, der Same in solche gesäet, daraus wächst aus seinem eigenen *excrement* wieder seine Nahrung»).³¹ De igual forma, los árboles en invierno pierden sus hojas, que caen sobre las propias raíces, se pudren, y se transforman en savia («Also ein Baum, wenn der Winter seine Blätter abklopffet, so fallen sie zur Wurtzel, verfaulen und werden zum Safft, der in die Wurtzel kriechet und seinen Baum wieder speiset und dünget»).³²

Ettmüller atribuye un poder especial de curación a las sustancias fecales de los niños, las cuales, adecuadamente pulverizadas, se podrían reciclar como medicina indicada para la cura de epilepsias infantiles. Los excrementos infantiles, una vez destilados producían un líquido para uso oftálmico. Incluso los desechos corporales de los animales eran muy alabados por su rico contenido en sal nitrosa y volátil («Valde alias commendatur stercora reliquorum animalium ob sal suum volatile et notrosum»).³³ Si uno tuviera un cólico o una pleuresía, podría curarse perfectamente tomando una medicina hecha esencialmente de estiércol de caballo o excrementos de gallina. Un cólico también podría curarse mediante enemas de excrementos de gato o también de lobo. Igualmente se obtendrían resultados excelentes administrando orina («Ipsa etiam urina pro usu medico multum valet»).³⁴ Por ejemplo, las mujeres de parto eran persuadidas para que bebieran la orina de sus maridos con objeto de facilitarles el alumbramiento («in partu difficili urina patris hausta, et bis continuata, conducere dicitur»).³⁵ Este singular remedio obstétrico también es mencionado por Samuel Augustus Flemming en su disertación inaugural *De Remediis ex Corpore Humano Desumptis*, que apareció en 1738, cuando los médicos aún receleaban de la farmacología de los excrementos. Flemming no oculta su aborrecimiento hacia aquellos médicos que experimentan con remedios tan nauseabundos («Mirum sane est quod homines dentur, qui rem, cujus nomen et adspectus nauseam inevitabilem parere potest, non solum curiose ac studiose aspicere, sed etiam, quod maximum, devorare possunt, et quidem unice ad conservandum pretiosissimum sanitatis thesaurum»).³⁶ La postura de Flemming, que deja entrever el ataque radical contra las medicinas coprológicas, se encontrará en el sexto volumen (1756) de la *Encyclopédie* («Les Alchimistes n'ont pas laissé que de travailler sur les «excrémens» humains; on a prétendu en tirer un sel auquel on a attribué de très-grandes vertus... Ce travail est très-dégoûtant et d'une parfaite inutilité»).³⁷ Pero este cambio de actitud tuvo lugar alrededor de la mitad del siglo XVIII, demasiado tarde para Vico, que permaneció bajo el hechizo de la farmacología tradicional.

El nitrógeno también se consideraba un componente básico del trueno, relámpagos, y rayos. Según Sennert, «los relámpagos y los rayos se diferencian sólo en la disposición y cantidad de sulfuro y nitrógeno» («Fulgur et fulmem non nisi dispositione et copia sulphuris ac nitrí differunt»).³⁸ Estos fenómenos que pertenecen a la clase de los meteoros, se consideraban como productos de exhalaciones secas: «De la misma forma, de la Exhalación seca surgen *Truenos, Relámpagos y Rayos*» («Ex eadem exhalatione sicca etiam *Tonitru, Fulgur et Fulmen* ortum

habent»).³⁹ Vico seguía esta teoría cuando describía cómo «il cielo finalmente folgorò, tuonò con folgori e tuoni spaventosissimi.»⁴⁰ En el mismo pasaje Vico afirma que los relámpagos se generan de «las exhalaciones secas» y, como tal, no pudieron tener lugar cuando la tierra estaba aún húmeda a causa del Diluvio Universal («tanto di tempo v'abbisognò per ridursi la terra nello stato che, disseccata dall'umidore dell'universale innondazione, mandasse esalazioni secche, o sieno materie ignite, nell'aria ad ingenerarvisi i fulmini»).⁴¹ Desde un punto de vista alquímico, la maravillosa naturaleza del nitro, que permitió a los gentiles sobrevivir a los peligros de su ambiente primitivo y convertirse en gigantes, también fue la causa del rayo, que los fundadores de la civilización pagana consideraron el símbolo del poder de Júpiter («spaventati ed attoniti dal grand'effetto di che non sapevano la cagione, alzarono gli occhi ad avvertirono il cielo... si finsero il cielo esser un gran corpo animato, che per tal aspetto chiamarono Giove... che col fischio de' fulmini e col fragore de' tuoni volesse loro dir qualche cosa»).⁴² No sólo la transformación de los hombres en bestias, sino también la evolución de las bestias en hombres, tenía, en opinión de Vico, una sólida base «científica», que no puede considerarse sino como un vestigio de la tradición alquímica. Esta es una verdad que califica la polémica de Vico contra la «Naturaleza Simpatética», llamada mágica, y nos lleva a nosotros a apreciar los límites de su apoyo a la ciencia moderna.⁴³

(Trad. de Mercedes Iglesias)

NOTAS

1. G. B. Vico, *Opere giuridiche: Il Diritto Universale*, ed. Paolo Cristofolini, Sansoni, Firenze, 1974, pp. 438-439.

2. *Ibid.*

3. *Ibid.*

4. G. B. Vico, *Principj di una scienza nuova intorno alla natura delle nazioni: Ristampa anastatica dell'edizione Napoli, 1725*, ed. Tullio Gregory, Edizioni dell'Ateneo & Bizzarri, Roma, 1979, p. 76.

5. *Ibid.*

6. *Ibid.*, p. 219.

7. G. B. Vico, *La Scienza nuova, giusta l'edizione del 1744, con le varianti dell'edizione del 1730 e di due redazioni intermedie inedite*, ed. Fausto Nicolini, Laterza, Bari, 1928 (*Opere*, IV), I, p. 141.

8. *Ibid.*, I, pp. 141-142.

9. «Il V[ico] s'ispira qui a un pregiudizio ancor oggi diffuso nel popolino napoletano, vale a dire che abbia grande efficacia sullo sviluppo fisico dei lattanti il lasciarli a lungo bagnati nelle fasce» (G. B. Vico, *La Scienza nuova, giusta l'edizione del 1744, con le varianti dell'edizione del 1730 e di due redazioni intermedie inedite, e corredata di note storiche*, ed. F. Nicolini, Laterza, Bari, 1911-1916, I, p. 205n). Véase también: F. Nicolini, *Commento storico alla seconda Scienza nuova*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1949-1950, I, p. 127.

10. G. B. Vico, *Scritti vari e pagine sparse*, ed. F. Nicolini, Laterza, Bari, 1940 (*Opere*, VII), p. 19.

11. *Biographie médicale par ordre chronologique, d'après Daniel Leclerc, Eloy, etc., mise dans un nouvel ordre, revue et complétée par MM. Bayle et Thillaye*, Israël, Amsterdam, 1967 (reimpresión), I, p. 444; J. Ferguson, *Bibliotheca Chemica: A Bibliography of Books on Alchemy, Chemistry, and Pharmaceutics*, Vershoyle, London, 1954, II, p. 372; *Dictionary of Scientific Biography*, ed. C. C. Gillespie,

Scribner's Sons, New York, 1970-1980, XII, pp. 310-313; A. G. Debus, *The Chemical Philosophy: Paracelsian Science and Medicine in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Science and History Publications, New York, 1977, I, pp. 191-200 y *passim*.

12. D. Sennert, *Opera omnia in sex tomos divisas*, Sumptibus J. A. Huguetan, Lugduni, 1676, I, p. 51.

13. *Ibid.*

14. *Ibid.*

15. J. F. Michaud, *Biographie universelle, ancienne et moderne*, Akademische Druck- u. Verlagsanstalt, Graz, 1966-1970 (reimpr.), XIII, pp. 157-158; *Allgemeine Deutsche Biographie*, Duncker & Humblot, Berlin, 1967-1971 (reimpr.), 6, pp. 400-401. Sobre Cirillo véase *Dizionario biografico degli italiani*, 25 (1981), pp. 801-805.

16. M. Etmüller, *Opera omnia in quinque tomos distributa*, Ex Officina Typographica Novelli de Bonis, Neapoli, 1728, I, col. 795. Sobre Basilius Valentinus véase J. Reed, *Prelude to Chemistry: An Outline to Alchemy: Its Literature and Relationships*, M.I.T. Press, Cambridge, Mass., 1966, p. 186.

17. Debus, *The Chemical Philosophy*, *passim*.

18. Etmüller, *Opera omnia*, I, col. 798.

19. *Ibid.*

20. *Ibid.*

21. *Zacuti Lusitani... De medicorum principum historia*, p. 144. Sobre Zacutus o Zacuth véase Michaud, *Biographie universelle*, XLV, p. 335; *Encyclopaedia Judaica*, 16 (1978), cols. 909-910.

22. *Zacuti Lusitani... De medicorum principum historia*, p. 144.

23. *Ibid.*, pp. 143-144.

24. *Lazari Riverii... Opera medica universa*, parte III, *Observationum medicarum et curationum insignium centuriae quatuor, quibus accesserunt observationes ab aliis communicatae*, Sumptibus A. Cellier, Lugduni, 1672, p. 124. Sobre L. Rivière véase Michaud, *Biographie universelle*, XXXVI, p. 83.

25. *Lazari Riverii... Opera medica*, *Ibid.* parte III, p. 124.

26. Etmüller, *Opera omnia*, I, col. 384.

27. E. Tesauro, *Il Cannocchiale aristotelico*, en *Trattavisti e narratori del Seicento*, ed. E. Raimondi, Ricciardi Ed., Milano-Napoli, 1960, pp. 26-31.

28. J. J. Hoffmann, *Lexicon universale*, J. Hackius [etc.], Lugduni Batavorum, 1968, II, p. 214b. Sobre Hoffmann (1635-1706) véase *Allgemeine Deutsche Biographie*, 12, p. 630.

29. J. B. Tavernier, *Les six voyages... en Turquie, en Perse et aux Indes*, s.d., 1679, II, pp. 471-472. Tavernier menciona «le Roy de Boutan» pero, de acuerdo con un moderno especialista «es evidente que confunde al rey de Bhután con el Gran Lama» (*Travels in India by Jean-Baptiste Tavernier, Baron of Aubonne*, tr. V. Ball, 2 ed., ed. W. Crooke, Oxford U.P., London, 1925, I, p. 1vi).

30. Hoffmann, *Lexicon universale*, II, p. 214b.

31. A. J. Kirchweger, *Aurea catena Homeri, oder eine Beschreibung von dem Ursprung der Natur und Natürlichen Dingen*, Böhme, Franckfurt-Leipzig, 1723, p. 24.

32. *Ibid.* Véase A. L. Caillet, *Manual bibliographique des sciences psychiques et occultes*, Dorbon, Paris, 1912, I, pp. 77-79.

33. Etmüller, *Opera omnia*, I, cols. 384-385.

34. *Ibid.*, I, col. 385.

35. *Ibid.*

36. S. A. Flemming, *Dissertatio inauguralis medica de remediis ex corpore humano desumptis, usitatis ac obsoletis*, Litteris Heringii, Erfordiae, 1738, p. 24.

37. *Encyclopédie, ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, VI, Chez Briasson [etc.], Paris, 1756, p. 228b.

38. Sennert, *Opera omnia*, I, p. 42; Id., *Thirteen Books of Natural Philosophy*, P. Cole, London, 1659, p. 109.
39. Sennert, *Opera omnia*, I, p. 42; Id., *Thirteen Books...*, p. 108.
40. G. B. Vico, *La Scienza nuova*(1928), I, p. 147, parág. 377.
41. Ibid.
42. Ibid.
43. Véase mi artículo titulado «G. B. Vico e la Natura Simpatetica», *Giornale Critico della Filosofia Italiana*, III serie, XXII (1968), pp. 401-418. Para el problema de la actitud de Vico ante la cultura europea de su tiempo véase mi artículo titulado «The Desert and the Rock: G. B. Vico's *New Science* vis-à-vis Eighteenth-Century European Culture», *Quaderni d'Italianistica*, vol. VI, n. 1 (1985), pp. 100-110.

* * *